

# LA MÚSICA.



SEGUNDA SERIE.—1863.

AÑO XXI. 25



El grabado que presentamos á los lectores del *Museo de las Familias*, composicion del célebre Lix, que representa la música sagrada, profana y militar, podría dispensarnos de todo comentario, porque él mismo habla muy alto á la imaginacion. Reconócese en él al ángel de los cánticos religiosos en su libro de horas, y en la cruz que un génio levanta tocando la trompeta de Jericó. La música profana agita el tambor de los vascos y los laureles que arroja á las victorias del talento músico, la palma y la corona, sin olvidar la copa del festin, que une otra embriaguez á la del arte. La música militar se halla tambien personificada. Ese niño que toca la corneta de las batallas, ocultando su risa medio burlona tras los pliegues de una bandera, define á la vez la vanidad de sus conquistas, la simpleza de los vencedores y la eterna ironía de la gloria!

Todo esto no impide que la música gobierne al mundo por su parte, en paz ó en guerra, en el Orfeon como en el campo de Marte, en los salones como en el conservatorio, en la iglesia como en el teatro. Naturalmente este grabado nos hace que hablemos algo á nuestros lectores de la música.

La música es el arte de conocer por medio de sonidos á los hombres inteligentes y dotados de una organizacion especial. Definir así la música es confesar que no la creemos, como se ha dicho, hecha para todo el mundo. Cualesquiera que sean, en efecto, sus condiciones de existencia, cualesquiera que hayan sido siempre sus medios de accion, simples ó compuestos, suaves ó enérgicos, es evidente para el observador imparcial que un gran número de individuos, no pueden sentir ni comprender su poder sino están organizados para ello, y por consecuencia que la música no se ha creado para ellos.

La música es á la vez un sentimiento y una ciencia. Exige por parte del que la cultiva, maestro ó compositor, una inspiracion natural y conocimientos que se adquieren con largos estudios y profundas meditaciones: la reunion del saber y la inspiracion es lo que constituye el arte. Fuera de estas condiciones, el músico no será mas que un artista incompleto, si es que llega á merecer el nombre de artista. La gran cuestion de la preeminencia de la organizacion sin estudio, sobre el estudio sin organizacion, que Horacio no se ha atrevido á resolver para los poetas, nos parece igualmente difícil de decidir para los músicos. Se ha visto á algunos hombres enteramente estraños á la ciencia producir por su instinto aires graciosos y aun sublimes: testigo Rouget de Lisle con su inmortal *Marsellesa*; pero estos raros relámpagos de inspiracion no iluminan sino una parte del arte, en tanto que los otros, no menos importantes, permanecen oscuros. Siguiéndose de aquí, con respecto á la naturaleza compleja de nuestra música, que estos hombres en definitiva no pueden colocarse entre los músicos; *no saben*.

Con mas frecuencia todavia se encuentran espíritus tranquilos y frios, que despues de haber estudiado pacientemente la teoria, acumulado las observaciones, ejercitado largo tiempo sus talentos, sacado todo el partido posible de sus facultades incompletas, llegan á adquirir casi y á comprender en apariencia las ideas que vulgarmente se han formado de la música y satisfacen el oido sin encantarle y sin decir nada al corazon ni á la imaginacion. La satisfaccion del oido está muy distante de las sensaciones deliciosas que puede experimentar este órgano: los goces del corazon y de la imaginacion no son de aquellos que se pueden fácilmente adquirir, y solo

se encuentran reunidos á un placer sensual de los mas vivos en las verdaderas obras musicales de todas las escuelas. Pues estos importantes productos deben, segun nosotros, ser eliminados del número de los músicos: *no sienten*.

Lo que llamamos *música* es un arte nuevo en este sentido y no se parece sino muy poco probablemente á lo que los antiguos pueblos civilizados designaban bajo este nombre. Además, preciso es decirlo, esta palabra tenia entre ellos una acepcion tan estensa, que lejos de significar simplemente como hoy el arte de los sonidos, se aplicaba igualmente al baile, á la música, á la poesia, á la elocuencia, y aun á la coleccion de todas las ciencias.

Suponiendo la etimología de la palabra *música* en la de *musa*, el sentido que la daban los antiguos se explica naturalmente: espresaba y debió espresar en efecto que presiden las musas á ella. De aquí el error en que han caido en sus interpretaciones muchos de los comentadores de la antigüedad. Hay, sin embargo, en el lenguaje una espresion consagrada, cuyo sentido es casi general. Llamamos *arte* al hablar de la reunion de los trabajos de la inteligencia; ora sola, ora ayudada de ciertos órganos y el ejercicio del cuerpo, que el espíritu ha perfeccionado. De modo que el lector que dentro de dos mil años encontrase en nuestros libros esta frase convertida en el título vulgar de muchas divagaciones: *el estado del arte en Europa en el siglo XIX*, debiera interpretarla del arte, de la poesia, de la elocuencia, de la música, de la pintura, del grabado, de la escultura, de la arquitectura, de la accion dramática, de la pantomímica, y del baile de Europa en el siglo XIX.

Se vé que, á escepcion de las ciencias exactas, nuestra palabra *arte* corresponde muy bien á la palabra *música* de los antiguos.

Lo que en ellos era el arte de los sonidos propiamente dicho, nosotros no lo sabemos sino muy imperfectamente; algunos hechos aislados, contados tal vez con una exageracion de que en la historia se ven ejemplos análogos; ideas ampulosas ó absurdas de ciertos filósofos, alguna vez falsa interpretacion de sus escritos, tienden á atribuirle una inmensa influencia sobre las costumbres, tal que los legisladores debían en interés de los pueblos determinar su marcha y arreglar su empleo. Sin tener en cuenta las causas que hayan podido concurrir á la alteracion de la verdad en este punto, y admitiendo que la música de los griegos haya producido sobre algunos individuos impresiones estraordinarias, que no eran debidas, ni á las ideas manifestadas por la poesia, ni á la espresion de las facciones ó á la pantomima del cantor, sino mas bien á la música misma, y solamente á ella, el hecho no probaria de ningun modo que este arte hubiese alcanzado entre ellos tal perfeccion y tanta altura. ¿Quién no conoce la violenta accion de los sonidos musicales combinados de la manera mas ordinaria y comun sobre los temperamentos nerviosos en ciertas circunstancias? Despues de un espléndido festin, por ejemplo, cuando escitado por las aclamaciones embriagadoras de una muchedumbre de adoradores, por el recuerdo de un reciente triunfo, por la esperanza de nuevas victorias, por el aspecto de las armas, por las hermosas damas que le rodeaban, por las ideas de voluptuosidad, placer, gloria, poder, inmortalidad, secundado de la accion enérgica de una buena comida y un esquisito vino, Alejandro, cuya organizacion además era tan impresionable, se electrizaba á los acentos de Timoteo, se con-



cibe muy bien que no haya necesitado grandes esfuerzos el genio del cantor para influir tan fuertemente sobre aquella sensualidad escitada al grado casi del paroxismo.

Rousseau, citando el ejemplo mas moderno del rey de Dinamarca, Erico, que ciertos cantos ponian furioso, á punto de matar sus mejores criados, hace observar que aquellos desgraciados debian ser mucho menos sensibles que su príncipe á la música, de otra manera hubiera podido correr la mitad del peligro. Empero el argumento paradójico del filósofo se descubre aun en esta espiritual ironía. ¡Ah! sin duda los servidores del rey danés eran menos sensibles á la música que su soberano: ¿qué hay de admirable en esto? ¿No sería muy extraño, al contrario, que hubiera sido de otro modo? ¿No se sabe que el sentido musical se desarrolla por el ejercicio? ¿Que ciertas afecciones del alma muy activas en ciertos individuos lo son muy poco en otros? ¿Que la sensibilidad nerviosa es el patrimonio en cierto modo de las clases elevadas de la sociedad, al paso que las clases inferiores, sea á causa de los trabajos manuales á que se consagran, ó por cualquiera otra razon, están casi desprovistas de ella? Y por esta desigualdad en la organizacion, que es incontestable é incontestada, es por lo que nosotros hemos restringido, al definir la música, el número de los hombres sobre los que obra. Sin embargo, Rousseau, al ridiculizar estas relaciones de maravillas obradas por la música antigua, parece en otros puntos darlas bastante crédito para colocar sobre el arte moderno el antiguo, que apenas conocemos, y que él no conocia mejor que nosotros. El debía seguramente menos que ningun otro despreciar los efectos de la música actual, porque el entusiasmo con que habla de ella en otras partes prueba que ejercia sobre él influencia no comun.

Sea de esto lo que fuere, y fijándonos solo en nuestra época, sería fácil citar en favor del poder de nuestra música hechos cuyo valor es igual al menos al de las citas dudosas de los antiguos historiadores. ¿Cuántas veces hemos visto en la ópera, por ejemplo, en la representacion de las obras maestras de los célebres compositores, individuos agitados de terribles espasmos, llorar y reir á la vez, y manifestar todos los síntomas del delirio y de la fiebre?

Cuéntase que un músico provenzal, en tiempo de Napoleón, lleno de sentimiento apasionado, que habia hecho nacer en él la asistencia á la ópera la *Festa* de Spontini, no pudo soportar la idea de volver al mundo prosaico, al salir del cielo de la poesía que acababa de ver entreabierto. Adoptó una funesta resolucion; y despues de haber vuelto á oír otras dos veces la obra maestra, objeto de su admiracion estática, pensando con razon que habia alcanzado el máximo de la suma felicidad reservada al hombre sobre la tierra, una noche, al salir de la ópera, se levantó la tapa de los sesos.

La célebre cantante española, María Malibran, al oír por primera vez en el Conservatorio de París la sinfonía en *ut menor* de Beethoven, fué atacada de tales convulsiones, que fué preciso sacarla fuera del salon.

Veinte veces hemos visto en igual caso á hombres graves obligados á salir del teatro para sustraer á las miradas del público la violencia de su emocion. La música moderna, pues, no tiene nada que envidiar en poder á la de los antiguos.

Al presente, ¿cuáles son los modos de accion del arte

musical? Todos los que conocemos, y son muy numerosos, pueden reducirse á estos:

**LA MELODIA.** Efecto musical producido por diferentes sonidos oídos *sucesivamente* y formulados en frases simétricas. El arte de encontrar de un modo agradable esta serie de sonidos diversos, ó darlos un sentido espresivo, no se aprende; es un don de la naturaleza, derivacion de las melodías preexistentes, y que el carácter propio de los individuos ó de los pueblos modifica de mil maneras.

**LA ARMONIA.** Efecto musical producido por diferentes sonidos oídos *simultáneamente*. Las disposiciones naturales pueden únicamente sin duda hacer un grande armonista. Sin embargo, el conocimiento de los grupos de los sonidos, produciendo los acordes generalmente reconocidos por agradables y bellos, y el arte de encadenarlos regularmente, se enseña por todas partes con éxito.

**EL RITMO.** Division simétrica del tiempo por los sonidos. No se enseña al músico á encontrar bellas formas rítmicas.

La facultad p articular que las ha hecho descubrir, es una de las mas raras. El ritmo de todas partes de la música, nos parece ser hoy la menos adelantada.

**LA ESPRESION.** Cualidad por la que la música se encuentra en relacion directa con los sentimientos que quiere producir y las pasiones que quiere exaltar. La percepcion de estas relaciones es ordinariamente poco comun; se ve frecuentemente al público entero de un teatro, que un sonido dudoso sublevaria al instante, escuchar sin disgusto y aun con placer trozos cuya espresion es una completa falsedad.

**LAS MODULACIONES.** Se designa hoy por esta palabra los pases ó transiciones de un tono á otro tono, ó de un modo á otro modo nuevo. Puede hacer el estudio mucho para enseñar al músico á colocar así con ventajas la tonalidad y modificar á propósito su constitucion. En general, los cantares populares se modulan poco.

**INSTRUMENTACION.** Consiste en hacer ejecutar á cada instrumento lo que mejor conviene á su naturaleza propia, y al efecto que se trata de producir. Es además el arte de agrupar los instrumentos de modo y manera que modifiquen los sonos de los unos los de los otros, haciendo resultar del conjunto un sonido particular que no producirian algunos de ellos aisladamente, ni reunidos á los instrumentos de su especie. Esta facultad de instrumentacion es exactamente en la música lo que el colorido en la pintura; poderosa, espléndida, y muchas veces exagerada hoy, era apenas conocida antes de fines del siglo último. Creemos igualmente con respecto á ella, así como al ritmo, la melodía y la espresion, que el estudio de buenos modelos puede poner al músico en el camino que conduce á adquirirla; pero que no se sobresale en ella si no se tienen disposiciones especiales y debidas mas que nada á la misma naturaleza.

En cuanto á la superioridad de nuestra música sobre la antigua, yo creo que es indudable. Sea, en efecto, que los antiguos hubiesen conocido la armonía, sea que la hubiesen ignorado, abrazando las ideas de los partidarios de estas dos opiniones contrarias, nosotros vendremos á sacar en con-



clusión que nuestra música contiene la de los antiguos, pero que la suya no contenía la nuestra; es decir, que nosotros podemos fácilmente reproducir los efectos de la música antigua y además un número infinito de otros efectos que ellos jamás conocieron y que les fué imposible causar.

De el arte de los sonidos en Oriente, nada hemos dicho. Visto todo lo que los viajeros nos han referido sobre este objeto hasta aquí, resulta que allí la música no tiene ninguna relación con las ideas á que nosotros nos referimos con esa palabra, pudiéndose mirar la música entre los orientales como un ruido grotesco, análogo al que producen los niños en sus juegos.

EL CONDE DE FABRAQUER.

PRESENTIMIENTOS, SUEÑOS, PROFECIAS. Hoy día la confianza en los sueños ha desaparecido: raramente se citan sueños proféticos, cuando en la antigüedad eran tan generales: esto prueba que antes abundaba mas la superstición que la observación. Lo que no puede negarse es, que tiene en nosotros mucha influencia aquello que nos preocupa. La preocupación puede existir en cualquier caso, sin que de ello tengamos conciencia. Una vida activa y ocupada, impide frecuentemente á nuestro espíritu, detenerse en reflexiones é inquietudes que hacen trabajar á diversas partes de nuestro cerebro. La voluntad, dirigiendo nuestros pensamientos aparta de nuestro espíritu estas preocupaciones particulares; pero en el sueño la voluntad no obra, ó si es caso, débilmente, y el espíritu se abandona á impulsos instintivos ó automáticos. En este caso las preocupaciones tienen su imperio, y los sentimientos ó ideas que anteriormente nos agitaban, ignorándolo nosotros, se manifiestan libremente y toman tanta mas fuerza cuanto que el sueño les da un carácter objetivo. Vemos, en sueños, la muerte de aquellas personas, por cuyas vidas sufrimos secretas inquietudes: encontramos á los amigos cuya ausencia prolongada acrece el deseo de volver á verlos, y que no deben de tardar, frecuentemente, en encontrarse á nuestro lado. Se llega uno á figurar la realización de estos deseos, los lances de una preparada entrevista ó el desvanecimiento de nuestras esperanzas, cuyos diversos precursores nos hacen conocer nuestra fragilidad. Vemos personas que nunca creíamos haber visto, y que sin embargo nos hemos encontrado, habiendo sido la causa haber hablado con ellas ó visto su retrato.

Todos estos motivos nos predisponen á sentir naturalmente lo que debe de suceder, y así se explica el carácter profético de los sueños, á que daban los antiguos tanta importancia. De aquí trae su origen la famosa profecía de Cazotte, transmitida por la Harpe que contiene la canción titulada *Tingotine*. Espíritus bien perspicaces presenciaron entonces las revoluciones á que condujeron los sucesos del siglo XVIII. Un oficial que yo conocí y cuya imaginación se encontraba preocupada con una guerra futura con la Rusia, soñó en 1852, que había sido enviado contra los rusos á Turquía y que había perecido en la guerra.

Este sueño se realizó algunos años mas tarde; este es un ejemplo de profecía que conmovía á nuestros padres y que nada tiene de sobrenatural.

Analícense las causas que motivan un sueño reputado co-

mo profético, y nos convenceremos que siempre precede á los sueños algun suceso que nos preocupa, que las representaciones de los sueños siempre pueden tener un fondo de probabilidad.

EL SUEÑO, POR ALFREDO MAURI.

EDUCACION DE LUIS XIV. Encuéntrase en la Biblioteca pública de San Petersburgo en una colección de documentos autógrafos, una carpeta de escritura del joven Luis XIV: hay una página escrita completamente por el niño, según el siguiente modelo: «Los reyes hacen todo lo que quieren. Las reyes hacen todo lo que quieren. Los reyes, etc., etc.»

—La fuente de nuestros derechos es un racimo que oprimimos frecuentemente.

—La respuesta invariable de aquel á que se acusa de mal obrar, es decir que no es solo.

—Las injusticias anonadan los caracteres mezquinos y elevan los grandes.

A. C.

## LAS DOS HERMANAS.

TRADICION MADRILEÑA.

### I.

En una de las solitarias calles de la parte baja de Madrid, que entre las paralelas de Embajadores y Meson de Paredes llevan la dirección de Oriente á Poniente, existe una casa grande y destartada de cuyo número no quiero acordarme, la cual, hacia mediados del siglo XVII era de muy buena apariencia, aunque sin ostentación de grandeza. Ancho zaguan empedrado con cuadras y habitaciones para los criados, formaban la planta baja, y una espaciosa escalera al frente de la puerta exterior conducía á los pisos altos, morada de los dueños y sus mas inmediatos servidores. Añadiendo á esto un jardín á espaldas del edificio resguardado por elevada cerca de las miradas indiscretas, tendríamos hecha en breves palabras una descripción que bien quisiéramos, á fuer de narradores entendidos, estuviese llena de interesante misterio, mas aunque nuestro ingenio fuera capaz de ello el asunto no lo permite: la finca se construyó en la época del establecimiento definitivo de la corte en esta villa, y de consiguiente á la fecha de nuestro relato no era nueva ni vieja ¿qué decir de un edificio sin historia? El nuestro la tendrá por su desgracia, en cuanto es posible ser desgraciada una construcción de cal y canto; pero entretanto sus puertas y ventanas exteriores abriéndose al alba y dejando asomar siempre las mismas caras risueñas y satisfechas, cerrándose á la oración á la voz gruñona y paternal del antiguo escudero enojado contra los mozos que quisieran dilatar algun tanto la sabrosa plática sostenida con alguna paloma sin candor de las de picos pardos (1), sus salas interior-

(1) Quizá ignore alguno de nuestros lectores que las mujeres de mala vida estaban obligadas á llevar un cinturón guarnecido de picos de paño pardo como distintivo de su desgraciado ejercicio; de ahí las locuciones populares, *andar á picos pardos*, *irse á picos pardos*, etc.



res bien alhajadas, sus dispensas bien provistas, todo indicaba á tiro de ballesta, que en aquella mansion reinaba la abundancia unida al órden y á la proverbial honradez castellana.

A esta casa de que acabamos de dar una ligera idea vino á establecerse con su criado, ya entrado en años, un hidalgo natural de la villa y córte que salió de ella en edad temprana para cursar teología en las aulas de Alcalá, de donde concluidos los estudios viéndose por muerte de sus padres dueño de su voluntad, dejóse llevar del instinto aventurero tan comun en aquellos tiempos y cambiando la tranquilidad que le prometía la Iglesia por el tumulto de los campamentos, se trasladó á Flandes donde militó largos años en una de las compañías de jinetes españoles, tomando parte activa en todas las empresas acometidas y llevadas á cabo por el famoso marqués de Spínola. Por último, cansado de dar y recibir tajos y mandobles, algo apagadas sus aficiones bélicas, aunque mas exagerado su fanatismo en materias de honor, volvió, como hemos dicho, al pueblo y casa que le vió nacer, con algunas cicatrices comprobantes de su arrojo y la banda y baston de capitán de caballos como premio de sus buenos servicios, en busca del reposo que puede decirse no habia disfrutado nunca.

Aunque el buen don Diego de Vargas, que tal era su nombre, frisaba en los cuarenta de edad, aun lucian bien en su persona las galas de soldado, y entre los bizarros caballeros que ruaban en el Campillo de Manuela, ninguno le aventajaba en soltura y desembarazo para manejar un caballo, ni habia quien con mas gallardo continente se tuviese sobre la silla: su natural gracejo uniendo á la sutileza y travesura del escolar la marcialidad y práctica de mundo del veterano, campaba sin rival en el mentidero de San Felipe, y para comentar lo que ahora llamaríamos crónica escandalosa, parecia como nacido. Sus agudos chistes eran celebrados en la córte y muy del agrado del soberano, grande aficionado á varones ingeniosos y decididos.

Con tales prendas á nadie causó extrañeza que al año de su arribo solicitase en matrimonio á una jóven doncella de su misma calidad y de notable hermosura. Huérfana desde sus tiernos años, así como otra hermana suya menor, cuyo nacimiento costó la vida á su madre, fueron criadas por una respetable tia en un recogimiento ejemplar y con un recato admirable, cosa de que don Diego se informó minuciosamente, pues ya hemos dicho que en materias de honor era en extremo puntilloso. Todas las noticias que recogió de personas de acreditada fama y santa vida, le pintaban á las dos huérfanas como un dechado de honestidad, mas no contento con esto, quiso por sí mismo averiguar si acaso podia haber alguna leve sombra que empañase el purísimo cristal de la buena fama que pretendia tuviese la que habia de ser su esposa.

Una noche que á deshora volvia de rondar la calle de su dama, donde le habian conducido sus imaginarios celos, sintió á sus espaldas ruido de voces y cuchilladas: aplica el oído y la direccion en que suena el tumulto aumenta sus sospechas: arrojar la capa y requiriendo la espada, abroquelado con una rodela que á prevención llevaba, precipitarse como un jabalí herido hácia el sitio de la querella, fué cosa de un momento; pero con mas tiempo los agresores, cuando nuestro caballero llegó á la puerta de la casa objeto de su sobresalto, tan solo halló una linterna rota que alzó del sue-

lo bramando de ira y de sentimiento. En balde se cansó en correr varias calles, todo fué inútil, solo pudo entender que mediaban en el negocio galanteos, música y resistencia á la justicia, con lo que mohino y cabizbajo se retiró decidido á que su boda quedase en proyecto si una averiguación minuciosa no le ponía en claro la ninguna parte de su prometeda en aquel escándalo. A nadie comunicó su pensamiento, pero desde la mañana siguiente emprendió por sí mismo la informacion necesaria, y merced sobre todo á la actividad del alcalde de Casa y Córte á quien tocó el procedimiento judicial, se supo que los causantes del alboroto habian sido unas mozas de genio alegre residentes en la vecindad, las cuales fueron trasladadas á la mancebía, y unos soldados recién llegados de Italia, á quienes mandaron á remar á galeras por desafuero al señor corregidor.

Contenta y satisfecha fué doña Leonor Pimentel acompañada de su hermana Inés á dar animacion y alegría á la casa de su esposo, en la que transcurrieron seis años en apacible calma, pues si el marido era celoso la mujer era en extremo recatada, y ésta, si la reclusion era mucha no podia echar de menos una libertad que nunca habia gozado, á mas de que no era otro en aquella época el modo de vivir observado por las señoras bien nacidas, y sabido es que el mal casi deja de serlo cuando se hace comun á todos.

Solo para oír la primer misa en la vecina iglesia de padres de San Cayetano, entonces de reciente fundacion, solían pisar la calle doña Leonor y la niña Inés, resguardadas por la indispensable dueña y el grave escudero Rodrigo; mas nunca trató don Diego de llevar tan á cabo el retraimiento de su consorte que, como discreto y cortesano, evitase presentarla de vez en cuando en los sitios concurridos por las personas de su clase; así es que los jardines del Buen Retiro en las célebres mañanas de abril y mayo, y el Prado de San Gerónimo en las tardes de San Juan y San Pedro, admiraron la gallardía de su talle, ya que no era posible la belleza de su rostro por llevarle cuidadosamente rebozado con el manto; mas no sabemos si algun descuido, ó tal vez el deseo de ser vista, que al cabo era hija de Eva la buena señora, fué causa de que el embozo se descompusiese cuando menos podian pensarlo sus vigilantes Argos, dejando competir con la luz del sol dos ojos negros y brillantes, capaces de trastornar la cabeza al holandés mas flemático, que fueron apreciados en su justo valor por los mancebos de aquel entonces. Fama tenian de galantes en toda Europa los cortesanos de Felipe IV, que estimulados por el ejemplo del soberano, poco escrupuloso en esta materia, no ponian coto á su afición á la *fruta del cercado ageno*; así es que mas de cuatro de los que habian celebrado las buenas prendas de su esposa, sin dárselos un ardite de la opinion de poco sufrido adquirida por el capitán de caballos del ejército de Flandes, pusieron sus miras en el tesoro que éste apreciaba en mas que su vida. Pero á fé que se las habian con uno que no era manco, y algunas esplicaciones pedidas por él en lenguaje nada comedido, terminadas á solas en el cerro de San Blas con unas cuantas cuchilladas de mano firme que sirviesen de muestra para en adelante, curaron de su mal deseo á los que tal proyecto concibieron, desengañándolos de que aun no habia nacido el Jason destinado á conquistar aquel Vellochino tan bien guardado.

Por último el señor de Vargas, cada dia mas enamorado de su esposa y procurando cubrir de flores el yugo matri-



monial con su complacencia y ameno trato; doña Leonor amante de su marido, muy mujer de su casa y cumplidora de sus deberes, y su hermana creciendo á maravilla en gentileza y atractivo, se deslizaba el tiempo suavemente para esta dichosa familia, cuando los acontecimientos que narraremos á continuacion vinieron á poner fin á tan pacífica existencia, demasiado feliz para ser duradera.

## II.

Una mañana del mes de agosto se hallaba don Diego en la habitacion de su esposa departiendo agradablemente con las dos hermanas, ocupadas á la sazón en labrar unas randas de finísimo hilo gallego, pues eran estremadas en todas las labores de aguja, cuando sintieron parar ante su casa una numerosa cabalgata, de la que destacándose un caballero en traje de camino, dió dos aldabadas en la puerta del zaguán, preguntando con acento extranjero si era aquella casa la de don Diego de Vargas, á un criado que se asomó á ver quien llamaba.

Acudió Rodrigo con toda la ligereza que le permitian sus viejas piernas á informar á su amo de esta novedad, el cual, sin dejarle emprender los interminables comentarios que acostumbraba,

—Haz entrar, le dijo, en la antesala á ese gentil-hombre que por mí pregunta, en tanto que yo acudo en persona á saber qué se le ofrece.

Y levantándose de seguida se dirigió á recibir al forastero que ya subía la escalera cuando don Diego apareció en la pieza por él indicada.

Era el reciénvenido un apuesto doncel como de diez y ocho años, de cabello rubio y ojos azules, cuya blanca tez y frescas y sonrosadas mejillas pudieran causar envidia á la doncella mas satisfecha de su hermosura; su cuerpo era mas bien carnoso y huesudo que esbelto, su estatura mediana, su rostro ancho y risuño; era en fin, un verdadero hijo del Escalda, con ese aspecto franco y bondadoso que vemos tan admirablemente espresado en los cuadros de Van Dick y Teniers. Adelantóse con bastante desembarazo hácia Vargas y en castellano muy correcto,

—Señor don Diego, le dijo, veo que vuestra merced no se acuerda de mí, pero yo os he reconocido al momento.

—Espero saber quien sois, caballero, para ponerme á vuestro mandar.

—Esta carta de mi señor padre os informará de ello mejor que cuanto pudiera deciros, contestó el jóven sacando del seno un pliego cerrado que entregó al capitán, el cual se apresuró á abrirle, y leyendo en alta voz vió que decía lo siguiente:

«Señor don Diego: el dador de esta es mi hijo Mauricio á quien recordareis niño á vuestra partida de esta ciudad. Pasa á esa en solicitud de una plaza de alférez de la guardia tudésca; espero en obsequio de nuestra amistad le auxiliareis en esta pretension, y sobre todo que ocupareis mi puesto á su lado dirigiendo su inesperienza por el laberinto de la corte. Confío en vuestro honor y cortesía no me negareis este servicio. Dios os guarde. Vuestro amigo y compañero.—De Bruselas á 12 de mayo de 1652.

«ALBERTO VANDERLEP.»

Concluida la lectura, el capitán exclamó estrechando al jóven contra su pecho:

—¡Valame Dios, Mr. Mauricio, qué lindo mozo estais! ¿cómo os habia de conocer si solo teniais seis años cuando me ausenté de Flandes? Bien me acuerdo de la primera vez que os ví; volvíamos del sitio de Breda vuestro padre y yo, donde él fué nombrado maestre de campo de uno de los tercios alemanes; entonces estuve algunos días en Bruselas; aun me parece veros saltar sobre mis rodillas divertido al mismo tiempo en hacer gestos mirando reflejar vuestra imagen en mi coraza. Gran merced me dispensa mi amigo Vanderlep con ponerme en ocasion de pagarle en vos las muchas deudas de gratitud que le debo.

—¡Ah, señor! muy poco me estimais al tratarme con tanta ceremonia; si tengo de ver en vos al representante de mi padre habladme como él me hablaria; llamadme Mauricio y nada mas.

—Bien, bien, estás en tu casa y quiero darte gusto en todo. ¡Hola, Rodrigo! las órdenes de este caballero se cumplirán desde ahora como las mías propias. Asístele en su habitacion del piso superior y cuando esté despojado del traje de camino condúcele al estrado donde le esperamos las señoras y yo. Que sus servidores se alojen de una manera conveniente y las cabalgaduras y equipajes se pongan á buen recaudo.

Dos criados, tres caballos y dos mulos con sus mozos correspondientes para la conduccion de las maletas formaban la comitiva del recién llegado; los criados y cabalgaduras se acomodaron en las cuadras y habitaciones bajas, los mulos fueron aligerados de su carga, los arrieros despedidos despues de bien pagados, y Mauricio arreglado el desórden que el largo camino pudiera haber producido en su persona y atavió, pasó á la sala donde se hallaban doña Leonor é Inés ya enteradas por don Diego de la llegada y circunstancias del huésped.

A no estar enervado por el vicio ó pervertida su alma por las malas ideas, siempre causa emocion en un jóven de diez y ocho años encontrarse por vez primera en presencia de una mujer hermosa; así nuestro mancebo que nunca habia conocido enfermedad en el cuerpo ni remordimiento en el corazon y se veía blanco de las miradas de dos damas de tan gentil donaire, no pudo impedir á su bondadoso semblante, naturalmente sonrosado, que pasase sin gradaciones al color subido de cereza. Razon tenia para perder la serenidad, pues en especial Inés estaba encantadora. Su belleza era una agradable combinacion, quizá solo en España conocida, del suave nacarado y cabellos blondos de las mujeres del Norte con la gracia y bizarría meridionales; elocuente testimonio de la dominacion árabe en la península poblada en su origen por la raza celtibera. Un pedazo de cielo pareció la muchacha al buen flamenco, que juró en sus adentros no haber conocido nunca tan perfecta dama. No era tampoco el mozo para despreciado, y bien lo manifestó la doncella fijando en él una curiosa mirada que acabó de trastornarle, tanto que dejándose llevar por la atraccion de aquel iman de sus sentidos, á ella equivocadamente dirigió el primer saludo creyendo hacerlo á doña Leonor. Mucho agradó á ésta una distraccion que conocia tan en ventaja de su hermana y bien lejos de manifestarse ofendida acudió sonriendo en auxilio de Mauricio diciéndole con voz suave y cariñosa:

—Mi esposo, y yo, caballero, celebramos en el alma el ho-



nor que recibe nuestra casa en que hayais venido á hospedaros en ella; sentaos, y en tanto que llega la hora de acudir á la mesa informadnos de la salud de vuestra familia.

No tardó el jóven en recobrar su calma habitual y encontrase muy bien hallado en tan buena compañía; pero ni en esta primera entrevista ni durante la comida aconteció cosa que merezca referirse.

Fueron dias y vinieron dias, cerca de un año transcurrió: en este tiempo Mauricio alcanzó la plaza de oficial en la guardia alemana, y el trato había aumentado el cariño que desde el primer día manifestó á la bella Inés. A pesar de la pasión que por ella sentia le faltaba arrojo para declararse, pues al ir á abrir los labios para hacerlo, cierta sonrisa maliciosa que notaba en el semblante de la niña, porque era burloncilla, y no sabemos si le agradaba ver desconcertado á su novel amante, se los volvía á cerrar mas que de prisa. Ya una tarde en que don Diego en un extremo de la habitación escribía con urgencia y doña Leonor había salido del cuarto á dar algunas disposiciones domésticas, se acercó á la jóven con pretexto de examinar el bordado en que trabajaba al lado de una ventana y en voz queda la dijo:

—Inés, ¿podreis bajar al jardín despues de recogida la familia?

—Tengo miedo á los duendes, respondió ella irónicamente en el mismo tono.

—Es que allí esperaré yo para acompañaros.

—Las noches están frias y podría coger un romadizo.

—Si vuestro pecho abrigase la mitad del fuego que habeis encendido en el mio no temeríais á la intemperie.

—Ya que tanta afición mostrais á pasar acompañado las altas horas de la noche, podeis consultar á mi cuñado y él os aconsejará lo mas conveniente.

—¿Y con la aprobacion de vuestro hermano, consentireis en ser mi compañera?

—Cumplid vos como debeis y yo me portaré como quien soy.

—No tendreis que repetirme el consejo.

Al día siguiente se presentó á don Diego y le pidió la mano de Inés. No sorprendió al astuto militar la solicitud del mancebo, pues ya hacia tiempo notaba cuidadoso su inclinación á la doncella, cosa que le traía desasosgado, y como la boda era conveniente y amaba á la hermana de su esposa cual si lo fuese suya, no trató de destruir las esperanzas del galán, antes bien aprobó su pretensión, aunque con dos condiciones irrevocables: primera, que se daría cuenta inmediatamente á Mr. Alberto de los deseos de su hijo, solicitando su consentimiento, no pasando adelante en el negocio hasta saber su voluntad, y segunda, que para evitar murmuraciones de gente ociosa y no siendo conveniente viviese bajo el mismo techo de su prometida un galán con ínfulas de marido, pasase éste á alojarse en el cuartel de su compañía (sito en la actual calle de Tudescos, cuyo nombre tomó de haber estado en elladicho cuartel), si bien los caballos, equipaje y criados continuarían en casa de Vargas para mayor comodidad. Nada había que oponer á tan razonables deseos, aunque bien hubiera querido el pretendiente hacer al último algunas objeciones, mas conoció sería inútil, se resignó y al día siguiente quedaron realizados.

Y bien hizo don Diego en apresurar el cumplimiento de estas disposiciones, pues á poco tiempo de quedar terminadas, un pliego que recibió fechado en la ciudad de Segovia,

donde tenia parte de sus bienes, le obligaba á abandonar la corte á toda prisa por tiempo indefinido.

Para los hombres de entonces acostumbrados mucha parte de ellos á cruzar el mundo en todas direcciones no era un viaje asunto tan grave como quiere decirse, lo que sí es verdad, que como el servicio de correos estaba aun en su infancia, casi podía tener la certeza el individuo que se ausentaba del lugar de su residencia, de no encontrar medio de dar noticia de su persona hasta que él pudiese hacerlo á su regreso.

Convencido nuestro caballero de estas razones é ignorando el tiempo que podrían detenerle los asuntos que le alejaban de su casa, llamó á su esposa para encargarle el cuidado de la familia é intereses y despidiéndose cariñosamente de las dos hermanas sin poder enjugar sus abundantes lágrimas, montó á caballo acompañado de un criado, y al trote largo tomó la dirección de la Puente Segoviana.

Ignoraba el infeliz que aquellas muestras de afecto que recibía de las prendas queridas de su alma iban muy pronto á trocarse en horrible catástrofe! Pero no anticipemos los sucesos, que harto vendrán ellos por sí solos, y continuemos nuestro mal perjeñado relato.

### III.

Algunos dias despues de la partida de don Diego entró Mauricio en la habitación donde se hallaban las señoras radiante de alegría y adornado con el vistoso uniforme de oficial de la guardia tudesca. Estrañaron verle en aquel atavío con que no acostumbraba presentarse, y bien hubiera querido Inés preguntarle la causa de tal novedad, así como de la satisfacción que rebotaba su franco semblante, mas el respeto que la imponía la presencia de su hermana, puso á raya su curiosidad, hasta que oyó á ésta preguntar al jóven:

—¿Adónde tan galán y satisfecho, Mauricio? ¿venís á pedirnos albricias por alguna buena nueva?

—Puede que sí, señora.

—Pues decid, decid pronto, que necesidad tenemos de esparcir el ánimo en la soledad en que nos vemos.

—De daros solaz y esparcimiento trato y tal es el objeto de mi venida. Esta noche, para festejar el restablecimiento de S. M. la reina, hay máscaras en el Buen Retiro, luminarias, farsas en la isla del estanque grande, cuadrillas dirigidas por los principales señores de la corte, en fin será una fiesta suntuosa, segun me han asegurado varios compañeros que han presenciado otras iguales y no acaban de ponderar su magnificencia. Mi compañía está de servicio y por eso me veis honrado con estas galas.

—¿Y en qué pueden esos festejos, repuso Leonor, alegrar nos á nosotras?

—¿Pues teniendo entrada en la corte no asistireis á ellos?

—¿En ausencia de mi esposo... sin ir autorizadas por su presencia! estais loco, Mauricio: es disculpable en vuestra juventud que la perspectiva de tan buena diversion os haga olvidar las consideraciones que una mujer principal debe siempre tener presentes.

—Escuchadme, señora, replicó el jóven algun tanto pícaro, y vereis que mi parecer no va tan fuera de orden como juzgais. Vuestro aposento tiene bajada al jardín y éste salida á la calle por una puerta falsa de que vos teneis la llave: así



despues de acostadas todas las gentes de casa salieséis vosotras y entrando en un coche que yo tendria prevenido, sirviéndole de escolta además un soldado de mi confianza, asistiéiseis á la funcion siempre con el rostro cubierto y os retiráseis antes de amanecer de la misma manera y por los mismos pasos, padeceria en algo vuestro honor de mujeres principales con una travesura que pasaria desapercibida?

—¡Muy bien, seor alferez! contestó la dama sonriéndose, no sois tan incauto como yo creia; el plan está bien combinado, pero habeis olvidado una cosa de gran importancia cuya falta echa por tierra vuestro proyecto: no tenemos quien nos acompañe. Si á mi esposo le disgustaria saber que habíamos salido á deshora, el hacerlo acompañadas de un hombre, fuese quien fuese, no lo perdonaria nunca, y ya conocéis que dos mujeres solas vagando toda la noche por los jardines del Buen Retiro harian una triste figura.

—Yo me obligo á vencer ese inconveniente, hermana, dijo Inés, que hasta entonces no habia tomado la palabra, pero no me riñas si no te parece bien lo que voy á decir. Ahí tenemos los vestidos de Mauricio; si me permites disfrazarme con uno de ellos y servirte de paje, verás con qué naturalidad répresento el mas propio mancebo del mundo; hasta creo que he de traer enredada entre mis cabellos el alma de alguna de las señoras cortesanas.

—¡Ocurrencia peregrina! Si don Pedro Calderon supiera la aventura que estais fraguando, habia de tomar de ella asunto para una de sus mas famosas comedias.

—Las cuales solo conozco por el nombre, dijo la jóven con el aire de sentimiento mas encantador.

—Esta noche se representa en el coliseo de palacio *La Fábula de Perseo*, composicion nueva de ese autor, con grande aparato y lucimiento, contestó el alferez.

—¡Qué lástima! añadió la doncella con las mejillas encendidas y los ojos preñados de lágrimas, ¡perder tan buena ocasion que quizá nunca volverá á presentarse!

El sentimiento que la causaba la afliccion de su hermana, las repetidas instancias de aquellos corazones enamorados á quienes sentia privar de un placer inmenso, su propio deseo que la inclinaba á tomar parte en tan magnífica funcion, las facilidades que se le presentaban, todo se conjuraba para dar al traste con la firmeza de doña Leonor, que haciendo callar á la voz interna del deber que la aconsejaba no cediese á tan inconsiderado capricho, aunque con voz entrecortada y balbuciente dijo á los dos amantes:

—¡Por Dios, que me vais á hacer perder el juicio con vuestra locura! Vamos, niña, serénate, ya veremos de arreglarlo: si me prometéis ser prudentes consentire en daros gusto, aunque me indica el corazon que mi debilidad ha de ocasionar alguna desgracia.

Con un diluvio de besos y caricias pagó Inés á su condescendiente hermana; por su parte Mauricio despues de dar mil saltos y brinco por la sala con el regocijo de un niño, enterado de la hora de la noche en que habian de verificar su evasion las damas, marchó apresurado á buscar un cocherito callado y fiel de quien valerse para conducirlos.

La primera dificultad que estas tuvieron que vencer fué arreglar uno de los mejores vestidos del flamenco, algun tanto mal cortado para tan lindo talle, al airoso cuerpo de su prometida; pero el negocio estaba en buenas manos, y encogiéndose aquí y ensanchando allá en poco tiempo sin intervencion de dueña ni criadas quedó la gentil niña trans-

formada en un travieso doncel. Todo salió á maravilla, llegó la hora convenida; sin apercibirse nadie bajaron las dos hermanas al jardin y salieron por la puerta falsa donde tomando el coche y marchando en direccion al Buen Retiro empezaron desde luego á gozar su apetecida diversion y á ser falsas y livianas.

#### IV.

Orgullosa podia estar la villa de Madrid en 1654 al verse capital del imperio mas vasto que han conocido los siglos pasados ni conocerán los venideros; imperio por muchas partes de fronteras desconocidas, cuya estension se calculaba en ochocientas mil leguas cuadradas, pobladas con seiscientos millones de almas, ó sea la octava parte del mundo. Lamentable ignorancia seria la de Carlos II en época algo posterior, si es cierto que ignoraba hasta el nombre de algunos de los paises sujetos á su dominio, pero disculpable en cierto modo, que es frecuente en los hombres acaudalados no saber con exactitud las riquezas que sus arcas atesoran: era muy grande el poderío español para contado ni medido, y la enumeracion de las tierras que le rendian homenaje bastaba por sí sola á fatigar la memoria mas feliz: grande hemos dicho, sí, reconocido por tal en todos los pueblos de la tierra, que solo conjurándose á una contra él pudieron quebrantar su arrojo; grande en sus empresas, en su literatura, en sus errores, en sus desastres, hasta en sus crímenes, pero ruin y mezquino nunca. Alabamos los adelantos y mejoras de los tiempos posteriores, mas al oír los anatemas lanzados contra aquel continuo batallar y desaciertos de entonces, comparándolos con la tranquilidad exterior y buen orden de ahora, se nos recuerda el hecho del filósofo Crates, que arrojando al mar sus riquezas, *ya soy feliz*, exclamó: *Nada teme perder quien nada tiene*, ha dicho tambien uno de nuestros mejores fabulistas. Envanescámonos enhorabuena con la época presente, si bien podemos estar seguros que á pesar de sus ferro-carriles y telégrafos eléctricos los antiguos no la hubieran cambiado por la suya.

Metrópoli la corte de Felipe IV de tan gigantesca monarquía, con un soberano pródigo y disipado, donde brillaban escritores como Lope de Vega, Calderon, Tirso, Moreto, Solís, Quevedo, Rojas, Mendoza y otros muchos de igual fama y claro nombre; artistas como Velázquez y Murillo; generales como don Fadrique de Toledo y los marqueses de Spínola y de Leganés; donde como á centro comun acudian los encargados del gobierno de los diferentes estados á recibir instrucciones ó dar cuenta de su conducta, los navegantes de mares incógnitos á participar sus descubrimientos ú ofrecer los productos de regiones tenidas por fabulosas, donde, en fin, se consumian en locos festejos los tesoros del Nuevo Mundo, debía ser la residencia mas brillante del universo.

Pero basta de digresion y sigamos á nuestras fugitivas.

Cuando llegaron á tomar asiento en el coliseo iba ejecutada muy buena parte de la representacion, que ya hemos dicho era *La Fábula de Perseo*. E lujos de la ornamentacion, el buen desempeño de la cuadrilla de comediantes de la corte, todo embargaba la atencion de aquellas inconsideradas jóvenes, mas cuando vieron desaparecer los telones del frente dejando admirar los jardines y bosques profusamente iluminados, aturridas por tan magnífico espectáculo solo